



José le vió columpiarse...

El arsenal de las herramientas no estaba menos bien provisto de palancas de hierro, barrotos, azadones, martillos, cables; y se veían allí hasta los cortafrios de que se había servido Clemente para ahondar la roca y fijar en ella las barritas que servían de escalera; operación hecha por él, atado de la cintura y flotando en el aire en medio del abismo. No había tampoco olvidado otras barritas de hierro enteramente preparadas para el caso en que hubiese sido útil ó necesario valerse del mismo medio.

En fin, encima de la sima, una gruesa viga estaba echada como un puente y fijada por las extremidades con sólidos garfios. En diversos puntos de este tablon, capaz de soportar enormes pesos, habían sido fijadas algunas poleas, así como una cabria de pozo, en derredor de la cual estaba ya enrollado un cable.

— ¿Y tú has hecho todo eso? exclamó á su vez José pasmado.

Pero sin responder á su interrogación, Clemente había subido dos ó tres escalones de su peligrosa escalera.

— Espera el cofre, le gritó; voy á bajártelo de allí arriba.

El sol acababa de ocultarse. Algunas aldeanas que volvían de la feria de Laroche oyeron una voz melancólica que parecía salir de debajo del follaje del árbol cortado.

— Es Clemente el que canta, dijeron deteniéndose.

Pero por mucho que escucharan no oyeron ya nada, sino el zumbido del viento en las hojas; y esta vez fué la última que oyeron cantar á Clemente.

XIV

UN MAGISTRADO.

Son las cinco de la mañana, poco más ó menos, el alba está rayando en el horizonte; ya sus primeros albores claros y fríos, infiltrándose por entre los entreabiertos pliegues de las cortinas de lustrina oscura, luchan sin desventaja con los resplandores humosos de la lámpara.

Un hombre está sentado cerca de un bufete cargado de papeles y parece sumergido en una profunda y melancólica meditación.

Esta meditación ha sido sin duda larga y muy absorbente, pues ni siquiera ha pensado en alimentar el fuego que incesantemente va extinguiéndose en la vasta chimenea de mármol.

De vez en cuando se levanta y da unas cuantas vueltas á pasos largos; luego, más cebado en el trabajo, vuelve á sentarse febrilmente y hojea de nuevo los legajos.

M. Maury Duquesnel, pues delante de él nos hallamos, tenía en aquella época lo más unos cincuenta años; pero el trabajo y el hábito de reflexionar habían ya surcado su frente con profundas arrugas hacia largo tiempo. Toda su juventud, toda su potencia de vitalidad, que era enorme, parecían habérselo refugiado en sus ojos. Ojos risueños, casi cubiertos por párpados exuberantes, pero que de pronto, cuando menos se esperaba, se abrían extensamente para lanzar uno de esos rayos fulminantes que iluminan de repente la oscuridad de una conciencia.

M. Maury Duquesnel era todavía célibe, y cuando sus amigos le embromaban por ello con dulzura y procuraban convertirle al matrimonio, contentábase con solo menear la cabeza sonriéndose. Como todos los solterones, en quienes la soledad crea casi siempre una manía inocente, este magistrado se creía excéptico; pero nada había de acre en su excepticismo. Había visto el mal muy de cerca, bajo todas sus formas, para no considerarlo como una enfermedad. « ¡Menester es deshacerse de los perros rabiosos! » respondía á los que defendían en su presencia el principio de la pena de muerte; pero presto añadía aludiendo á los del mismo principio: « Sin embargo, ¡es necesario no herirlos con odio! » Con frecuencia decía también: « ¡No somos vengadores, somos guardianes! ¡Defendamos la sociedad contra esos locos llamados criminales, pero no los juzguemos, porque, á nuestra vez, nosotros también seríamos juzgados! »

Por lo demás, este magistrado, digno ciertamente de este bello título, tenía pasión de artista por su ministerio. Familiarizado por el estudio con todas esas yerrugas morales que denominaba flaquezas del alma, reconstruía un crimen con los menores indicios, como Cuvier reconstruía los masto-

dontes con una quijada ó un omoplato. Mas, al revés de sus colegas, á la par que reconocía el valor primordial de las pruebas físicas, sin las cuales la condenación sería imposible, guiaba más bien su opinión por las pruebas morales. Cuando había estudiado minuciosamente á su acusado, sus instintos, sus pasiones, los apetitos que debían tener más influencia en él, y que estos apetitos, estas pasiones y estos instintos concordaban en todo punto con los hechos de la causa, solamente entonces estaba tranquila su conciencia. A menudo le acaeció no usar sino con moderación de pruebas materialmente terribles, porque le faltaba una de estas pruebas morales, ó porque contradecía completamente á las demás.

Tenía todavía respecto de esto un aforismo que dirigía su línea de conducta en los casos difíciles:

— Cuando una instrucción es completa, que el magistrado ha comparado con sangre fría todos los indicios, que su razón está convencida, y que, sin embargo, le queda una presunción, por débil que sea, en favor del acusado, por terribles que sean las pruebas, casi siempre la presunción tiene razón contra ellas.

Ahora bien, jamás M. Maury Duquesnel había experimentado esta presunción moral tan vivamente como en el asunto de Quisran Rancogne. Obligado por la fuerza de los hechos á inclinarse ante la evidencia, dudaba no obstante todavía, y hé ahí por qué le encontramos, más de seis meses después de la condena de la condesa Elena, hojeando los numerosos documentos de su proceso.

La puerta del gabinete giró sobre sus goznes despacito. Lorenzo, el sirviente del magistrado, entró de puntillas con un gran haz de leña en los brazos, sin mostrar el menor asombro de ver á su amo ya levantado á una hora tan matinal. Estaba de mucho atrás acostumbrado á estas veladas laboriosas que el alba sola interrumpía.

El ruido de los leños que rodaron sobre los morillos hizo levantar la cabeza á M. Maury Duquesnel.

— ¡Ah! eres tú, Lorenzo... ¿No ha venido nadie?...

— No, señor, nadie.

— Tengo una audiencia esta mañana. ¿Conocerás al joven que recibí antes de ayer?

— ¿Uno pequeñito, muy joven y sin barba?

— Eso es; en cuanto venga le harás entrar; no estoy visible sino para él.

— Muy bien, señor.

Al mismo tiempo, dos golpes secos resonaron en la manera de la puerta.

— ¡Debe ser él! exclamó M. Duquesnel levantándose. Que nadie nos distraiga; ya lo oyes, Lorenzo.

Y con voz clara gritó:

— Entrad.

Apenas el lector á quien hemos presentado á José al principio de esta historia hubiese podido reconocerle ahora.

Estos pocos meses, sin quitar nada á la gracia juvenil de su rostro, lo habían transformado en el de un hombre. ¡Cuántas graves ideas habían debido germinar bajo esa frente pensativa, tersa como una placa de marfil! ¡Cuántas

tristezas habian enlutado esos ojos de un azul profundo! ¡Cuántas amarguras habian plegado ese labio risueño!...

Aun llevaba el traje de los campesinos limosinos, la chaqueta corta de droguete, ordinariamente tan poco airosa y tan pesada, parecia casi elegante en su cuerpo nervioso y esbelto. Tenia en la mano su ancho sombrero negro de baja forma, y echando hácia su espalda los rizados mechones rubios de sus largos cabellos, con el ojo abierto, con una actitud firme, pero sin jactancia, se adelantaba hácia el magistrado.

— ¡Sois vos! ¡vos en fin! exclamó este. ¡Oh! ¡si supierais con cuánta impaciencia os espero! ¡Vuestras revelaciones de antes de ayer casi me han vuelto loco! ¡Yo habria hecho condenar á una inocente! ¡Yo!...

— No solamente una inocente, sino una santa.

El juez se habia vuelto á sentar en su escritorio y atormentaba las hojas de su voluminoso legajo.

— ¡Y decir, exclamó levantándose de nuevo, que todo esto es verdad, que en nada se ha engañado la instruccion, y que de este haz de pruebas evidentes, incontestables, por falta de luz que lo aclarase en su esplendor verdadero, hemos hecho salir una injusticia irreparable!

Se volvió hácia José, y cubriéndole con una mirada, pero con una de esas miradas claras de que hemos hablado mas arriba:

— Pero ¿vos no me mentís, al menos?

José soportó valientemente esta exclamacion y esta mirada; ni un músculo de su rostro sufrió la menor alteracion, y con una voz cuya serenidad no turbaba ninguna emocion ni temor, respondió:

— ¡Que vuestra propia conciencia juzgue si yo miento!

— No, murmuró M. Maury Duquesnel como si hablase consigo mismo, ¡con tal voz y tal mirada la mentira es imposible! Pero entonces... entonces...

Y volvió á sentarse bruscamente.

— Tal vez he perdido algunos pormenores de vuestro relato. Comenzad de nuevo. He pedido otra vez estos documentos al archivo para compulsarlos minuciosamente. Hablad lentamente y no olvidéis nada.

— No olvidaré nada, respondió José con la misma sencillez.

Y comenzó:

Dia por dia, hora por hora, inició al magistrado en los menores acontecimientos del drama misterioso que se habia desenlazado de una manera tan terrible en el fondo de las hornagueras, y á medida que adelantaba en su relacion, M. Duquesnel la comprobaba con los documentos del proceso.

No se oia en la vasta sala sino la sincera y clara voz de José; de tiempo en tiempo, una exclamacion de su oyente ó el ruido de las hojas del legajo que caian unas sobre otras: hé aqui todo.

La relacion duró largo tiempo. Cuando hubo terminado, cuando el juez y el joven, mirándose cara á cara, cruzaron sus miradas, las frentes de entrambos estaban pálidas y cubiertas de sudor.

M. Duquesnel dió con paso lento una vuelta por su gabinete, y deteniéndose delante de José, que esperaba sin hablar una palabra:

— ¿Entonces acusais? preguntó.

— Acuso, respondió José, á Hércules Champion, á Matifay, á Toinon el médico y al obrero Jaime Limaille.

Acuso á Hércules Champion de haber envenenado á su bienhechor, el conde Jorge, y de haber dejado condenar falsamente á la condesa Elena.

Acuso al doctor Toinon de complicidad en este doble crimen.

Acuso á Matifay y Limaille de haber asesinado traidoramente al caballero Octavio en las hornagueras.

— ¡Oh! exclamó el juez; pero ¡las pruebas! ¡las pruebas! Entrambos callaron un instante.

El juez prosiguió:

— Sí, las pruebas. Sé que no son necesarias entre vos y yo, creo en vuestra afirmacion; me basta; pero á los jurados, ¿les bastaria? Ya en el proceso de vuestra infortunada ama ¡me han tachado de cierta prevencion en su favor y de debilidad! ¿Qué seria si para justificarla me viesen encausar, fundado en un testimonio dudoso (pues que vuestra adhesion misma hace vuestro testimonio sospechoso) á las gentes mas consideradas de la comarca? La misma señora de Rancogne ha hecho imposible toda revision de su proceso, rehusando firmar su recurso en casacion; por otra parte, ese desgraciado negocio político del conde Octavio, mezclado á esta intriga, compromete nuestra causa cerca del poder.

Iba y venia presurosamente y con agitacion de un lado á otro de la habitacion, mientras se expresaba de este modo:

— La opinion está exasperada contra la señora de Rancogne; tengo la certeza de que, tratando de rehabilitarla jurídicamente, le atraeríamos quizás una condena mas severa... pero ¿qué hacer? ¿qué hacer? ¡decid! ¿qué quereis que haga?

José le cogió la mano y llevándola á sus labios con un respeto que rayaba en veneracion:

— Lo que vuestra conciencia de hombre honrado os aconseje, señor juez, dijo; yo os he contado la verdad, toda la verdad, nada mas que la verdad, como era mi deber; encomiando en vuestras manos el destino de la señora condesa Elena, seguro que no encontrará jamás un protector mas noble y mas generoso.

— ¡Sí! ¡sí! exclamó M. Maury Duquesnel, á esta tarea me consagro desde hoy. Pero no es por generosidad, es por deber. ¡Ah! por qué no oí la voz que me gritaba: « ¡Te engañan! » ¡Qué inmensa desgracia hubiera yo evitado! Pero yo la repararé en el limite de mi poder, sí, ¡aunque tuviese que ir hasta las gradas del trono!

Ese dia fué un dia feliz para la pobre condenada. José pudo visitarla en su prision y traerla algunas palabras de consuelo y esperanza. Al no verle aparecer en el curso de los debates, se dijo:

— ¡Habrá muerto defendiendo á mi pobre Octavio!

O bien la asaltaba otro pensamiento mas desconsolador:

— ¡Él tambien me ha vendido, él tambien ha pasado al lado de mis perseguidores!...

La injusticia hace desconfiado y llena de amargura las almas mas generosas...

¡Y hé aqui que José no ha muerto, que José no le habia hecho traicion! ¡hé aqui que, arrodillado á sus piés como delante de una santa, cubria su mano de lágrimas, diciéndola que se trabajaba para su libertad y jurándola que seria salvada!

José salió de la prision á las cuatro, como lo exigia el reglamento, pero fué anunciando á su ama una nueva visita para el dia siguiente y otra para el dia despues, y otras aun para todos los dias siguientes, hasta que sus esfuerzos y los de M. Maury Duquesnel hubiesen obtenido feliz éxito.

Por otra parte, por la noche, cuando anocheció completamente, Elena recibió otra visita, una visita misteriosa, — la de M. Duquesnel.

Comenzó por sancionar, en lo que le concernia, todas las afirmaciones de José.

Creia absolutamente en la inocencia de la condesa de Rancogne. No era como juez que venia á verla, sino como defensor y amigo; no para interrogarla de nuevo, sino para entenderse con ella sobre los medios que pudiera emplear para reparar en lo posible una injusticia involuntaria.

Proseguir una rehabilitacion jurídica, ¡ay! la cosa era imposible por las razones que ya habia dado á José.

La condesa no habia apelado en casacion; por lo tanto, para volver á comenzar el proceso, era indispensable perseguir á los verdaderos autores del crimen. Mas contra ellos no habia pruebas materiales, nada mas que las afirmaciones de Rosa y de José. — Champion y sus cómplices serian absueltos necesariamente y la situacion de la condenada no cambiaria.

El silencio de la condesa mostró claramente cuán acorde estaba en las desoladoras convicciones del magistrado. Le escuchaba con los brazos caidos, con la cabeza baja, y gruesas lágrimas, las primeras vertidas hacia muchos meses, corrian á lo largo de sus mejillas descarnadas.

¡Ay! habia habido locura en esperar.

Al ver volver á José, al ver á su acusador mismo transformado en su defensor mas convencido, se habia dicho:

— ¡Dios es justo! — La suerte se cansa de perseguirme; la expiacion inmerecida se cambia en glorioso martirio.

Y todo eso no era mas que un sueño, y las compasivas afirmaciones de su juez la condenaban mas inexorablemente que su desapiadada acusacion fiscal.

— ¡Cúmplase la voluntad del Señor! dijo en fin, ahogando sus sollozos con un esfuerzo sobrehumano de resignacion; pero condenada á vivir toda mi vida en esta tumba de infamia, tendré al menos el consuelo de haber sido rehabilitada en el ánimo de un hombre honrado. Gracias os doy por vuestra venida; me habeis hecho mucho mal, pero involuntariamente y creyendo cumplir con un deber sagrado, y si mi perdon os es necesario para tranquilizar vuestra conciencia, os lo concedo de todo corazon. Os doy aun mas, añadió, no sin alguna altivez, os doy la estima-

cion de una mujer que jamás faltará, abrumada por una afrenta inmerecida, que no ha faltado cuando el mundo la honraba y envidiaba su felicidad.

Y alargó su mano, tersa como un marfil antiguo, hácia el juez que la asió en las dos suyas.

Cuando quiso retirarla, él la retuvo suavemente.

— ¿Por qué desanimaros y desanimarme tan pronto? No, no, señora, no ha concluido todo para vos en la tierra. La piedra de vuestra tumba no se ha sellado tan inexorablemente que los esfuerzos de un hombre no puedan aun levantarla.

— ¿Qué quereis decir, caballero? exclamó Elena casi cayéndose de desfallecimiento. ¡Oh! ¡por favor, hablad! ¡Nada de gozo falso! Dos pruebas como esta me matarian.

— Sí, señora, continuó el magistrado con fuerza. Esta piedra será levantada, será levantada por mí. Pero, señora, para esta obra, cuya dificultad no me disimulo, me es necesario un socorro... una palanca... y vos sola podeis dármelos.

— ¿Qué os hace falta? ¡Oh! ¿habeis dudado que os lo conceda?

— Es menester firmar, dijo M. Duquesnel.

— ¡En seguida! ¡en seguida!

Y su mano trémula arrancó la hoja de papel de las de su salvador.

Pero la dejó caer asi que fijó los ojos en ella.

— ¿Una demanda en gracia! murmuró. ¿Lo habeis pensado bien, caballero? Seria confesarme culpable, seria ratificar por mi adhesion el juicio inicuo que me condena... Es la rehabilitacion, es la justicia la que me hace falta y no una gracia. ¡Oh! ¿cómo os habeis atrevido á proponerme, á aconsejarme tal cosa?

— Y os la aconsejo todavia, exclamó M. Duquesnel con ardor. ¡Oh! ¡no temais nada! esta demanda, os doy mi palabra de honor, es un medio, y nada mas. No haré en vuestro nombre ninguna transaccion vergonzosa; ¡saldreis de este calabozo tan pura, tan santa para todos como lo erais en el secreto de vuestro corazon, tan honrada como lo sois para mí! Quereis una rehabilitacion, señora, la tendreis, una, y tan brillante y solemne como el insulto. Pero, por gracia, tened confianza, firmad este papel, dádmele, como me dariais el mandato de defenderos si fuera vuestro abogado, en lugar de haber tenido la desgracia de haber sido vuestro acusador.

Así continuó largo tiempo, y, vacilante, Elena le escuchaba; el calor de esta conviccion pasaba á su alma. Duquesnel habia recogido el papel y puéstole delante de ella, le puso tambien la pluma en la mano, y llorando, suplicando, arrodillándose, cogiéndola el puño como para hacerla firmar por fuerza, se expresaba cada vez con mayor fuego y elocuencia.

En fin apoyó su mano en el papel, y volviendo hácia el magistrado su bello rostro pálido:

— ¿Me jurais por vuestro honor que, por este medio misterioso que me proponeis emplear, no sancionaré en nada el juicio que me ha condenado?

— ¡Os lo juro!

— ¡Pues bien! quedais satisfecho; ¡firmo! caballero.

M. Maury Duquesnel se abalanzó sobre el papel como sobre una presa y lo guardó en su pecho como si hubiese temido verlo volver á tomar.

— Y ahora, señora, si no os salvo, pereceré; consideracion, fortuna, todo lo sacrificaré. Y de nuevo os hago este juramento solemne de traeros una rehabilitacion y no una gracia.

Hecha esta última afirmacion, se lanzó hácia el corredor, descendió las escaleras precipitadamente, atravesó el patio como un huracan, saltó á través de la puerta de la prision, mas bien que la pasó, y sin tomar tiempo de pasar á su casa, donde probablemente habia prevenido, corrió á la casa de postas, en donde estaba ya enganchado un coche.

Por lo que hace á la condesa Elena, continuó su triste vida de prision; pero desde entonces un rayo de luz iluminaba el patio sombrío. A veces dudaba, no de la adhesion de su inesperado protector, sino de su poder; sin embargo, estas alternativas de desaliento y de esperanza eran ellas mismas la vida. Por otra parte, ¿no estaba allí José, repitiéndola diez veces, veinte veces, cien veces por dia las entusiastas seguridades del magistrado?

— Si os lo ha prometido, señora, es porque lo hará, no lo dudeis, exclamaba.

— ¡No! no lo dudeis, señora, puesto que José lo afirma, repetía la dulce voz de Rosa.

Y la señora, en efecto, sonriendo y acariciando las cabezas rubias de los dos jóvenes sentados á sus piés, algunas veces comenzaba á no dudar.

XV

LA REHABILITACION SUPREMA.

La ausencia de M. Maury Duquesnel duró cosa de una semana... un siglo de dudas y de incertidumbres. Las horas no estaban ahora vacías, sino que corrían llenas de esta idea: — ¿Puedo ser salvada? y por esta pregunta: ¿Lo seré? A medida que los dias se acumulaban sobre los dias, esta cuestion que Elena se presentaba incesantemente á sí misma se hacia mas apremiante, mas abrumadora, y en las horas de desaliento que seguian siempre, por una reaccion natural, á las horas de entusiasmo en que Rosa y José le habian hecho participar de su confianza, casi llegaba á deplorar la impasibilidad mortal de su abatimiento primitivo.

En fin, llegó de vuelta de su viaje el magistrado. Rosa y José estaban allí cuando el llavero anunció su visita. ¡Este minuto iba á decidir de su destino! ¡Oh! ¡este minuto tan largo tiempo deseado, cómo hubiera querido ella retardarlo

ahora para siempre! Todas las contingencias desfavorables se presentaban en tropel y solas á su espíritu; y ella que tan á menudo y que aquella misma mañana se quejaba de la lentitud de M. Duquesnel, exclamó:

— ¡Cómo ha regresado tan pronto!

Oyóse un paso presuroso en los ladrillos del corredor, la puerta se abrió, y M. Duquesnel entró. — Estaba radiante, y dejándose caer en su sillón, Elena pensó:

— ¡Estoy salvada!

Rosa y José, aunque deseasen, — ¡y con qué ardor! — conocer lo antes posible la noticia que traía, hicieron ademán de retirarse por discrecion, pero el juez los retuvo con el gesto.

— Señora, dijo, dirigiéndose á Elena, mis diligencias han tenido el éxito que esperaba. He obtenido el honor de una audiencia de Su Majestad, y desde hoy, las puertas de esta prision pueden abrirse delante de vos.

Por un movimiento entusiasta, Elena se habia arrojado á sus piés, y cubriendo su mano de lágrimas, balbuceaba:

— ¡Sed bendito! señor, ¡sed bendito!

— Esperad, señora, prosiguió M. Duquesnel, obligándola, con dulce autoridad, á que volviera á sentarse; hé aquí vuestra gracia firmada por la mano misma del rey. Pero os he prometido una rehabilitacion solemne. Vengo hoy á ofrecéroslo, no teniendo derecho á imponéroslo.

Hubo un corto silencio. Y como Elena no respondia, M. Duquesnel continuó con ligero embarazo.

— Eras libre, señora, rica, honrada. Estos tres bienes, los mas grandes de todos, mi fatal acusacion fiscal os los hizo perder, y yo creo de mi deber el devolvéroslos. La libertad, la bondad del rey me permite devolvéroslo; en cuanto á la fortuna y al honor, yo no puedo mas que entregaros la mia y el mio.

Y como ella, azorada, no comprendia todavía, añadió:

— ¿Queréis aceptar la mitad de mi nombre? No es brillante; pero os juro que es el de un hombre honrado.

— ¡Sí, sí! exclamó, ¡del mas honrado, del mas noble, del mas generoso de los hombres! pero me he jurado á mí misma que, muertos mi marido y su pobre hermano, no llevaria jamás el nombre de otro hombre. Luego, lejos de rehabilitarme, vuestra abnegacion no haria mas que perderos conmigo... Se diria... ¡qué sé yo! Se atribuiria á algun motivo vergonzoso, muy lejano de vuestro pensamiento y del mio, vuestros pasos en mi favor. Estos pasos, caballero, siento que los hayais dado; lo que temia ha sucedido. Es por gracia y no por justicia que saldré de aquí. ¡Ah! Dios me es testigo que hubiera preferido morir en esta prision con la conciencia de mi inocencia, á verme libre con la conviccion horrible que, pidiendo gracia, yo me he reconocido culpable por este mismo hecho.

M. Duquesnel estaba como anonadado por esta queja resignada.

— Sí, señora, lo confieso, dijo, he sido imprudente; pero no habia otra senda de salvacion. Por lo demas, yo no he tenido que suplicar en vuestro nombre. He hablado con la cabeza muy erguida. Su Excelencia el ministro de Gracia y



La mujer misteriosa.

Justicia y Su Majestad han quedado convencidos por mí. No es un acto de clemencia el que han creído hacer, sino un acto de merecida justicia. No soy yo, no obstante, quien intentará vencer vuestros escrúpulos, cuya delicadeza aprecio. Hé aquí la otra proposicion que he sometido á vuestros augustos protectores, y que han aprobado.

En este momento M. Maury Duquesnel se apercibió de la presencia de Rosa y de José, que se habian retirado á un lado por discrecion. José comprendió sin duda la mirada que el magistrado le dirigió, pues tomando de la mano á Rosa, la llevó hácia la puerta, y haciendo seña al llavero para que viniese á abrir, salió con ella.

La segunda conversacion de Elena con el magistrado fué larga. Lo que se dijeron, jamás ha sido revelado. José no oyó mas que las últimas palabras que fueron pronunciadas por la condesa en el momento en que M. Maury Duquesnel se despedia de ella para no volverla á ver:

— Caballero, le dijo Elena con un tono lleno de gratitud infinita, en lo que á mí me concierne, yo no podia ni debía aceptar vuestro sacrificio. Pero puesto que queriais dar vuestro nombre á la madre, prometedla que trasladareis á la hija vuestra generosa proteccion. Esta promesa hará mi pena mas llevadera, y es el solo consuelo que podeis darme en lo sucesivo.

— ¡Qué! exclamó José, ¿pero entonces?

— Entonces, respondió tristemente el magistrado, esta noble mujer ha rehusado la gracia que le traía. La gracia no era aun pública, y la he rasgado.

Desde esta entrevista, la última que tuvo con M. Maury Duquesnel, la señora de Rancogne se dejó apoderar de la taciturna desesperacion de los primeros tiempos.

De dia en dia se hacia mas sombría, como una niebla que incesantemente se espesara y acabara por envolver toda la naturaleza en los pliegues de su mortaja.